

AQUELLOS TIEMPOS DE LOS CONQUISTADORES....

Pedro de Barba

Relación verdadera de la vida del primer alcalde habanero

por *Juan Luis Martín*

Ilustraciones de Galindo y Saviur

Escudo de armas de Diego Velázquez de Cuéllar, capitán del Rey, primer gobernador de Cuba, de cuyo mando en ella, hace relación el presente artículo, en que se presenta, con sus pasiones, su codicia, sus trampas y sus intrigas y debilidades, a los primeros pobladores de la isla. Desfilan por esta relación, Hernán Cortés, durante su permanencia en Cuba; Pedro Barba, Diego de Velázquez y los personajes secundarios que con ellos actuaban en la escena de la Conquista, allá en los primeros años del Siglo XVI.

EN el primer cuarto del Siglo XVI, era La Habana apenas un conjunto de casitas formando una sola calle, y de aquellas casi todas de guano o ninguna de mampostería. En un enorme radio—y este quizás fué razón bastante considerable en abono del traslado de la población—los bosques de caoba y maderas duras, cubrían el campo aledaño. Establecidos al principio los conquistadores junto a la desembocadura del río de la Chorrera, posiblemente, fue-se el mismo curso de este el que condicionara la situación de la villa en aquel punto. Por el río, las comunicaciones con la costa sur eran más fáciles. No eran tan grandes las distancias que habrían de recorrerse de Batabanó al Puerto de Carenas; pero es menester no echar en olvido las dificultades del tránsito por los bosques, que, según los cronistas de la época, eran muy espesos en esta región. La facilidad de utilizar desde la mitad de

la distancia el curso de un río para llegar al mar, debió inclinar a los conquistadores y primeros vecinos a la ensenada de la Chorrera. Además, había agua potable en el punto, puesto que de allí se llevó a la ciudad, ya asentada junto a la bahía. El hecho de existir bosques de maderas duras apropiadas a la construcción de embarcaciones—que en la costa sur de la provincia pantanosa no habrían de criarse—era factible a la creación de la industria de construcción de bajeles, y a ella, faltos de otros medios de subsistir, en unos tiempos en que se necesitaban barcos en América y particularmente en el Mediterráneo de las Antillas—y esto decidió a que si no por las provisiones de los fundadores, por el imperativo de los acontecimientos, la primitiva villa de San Cristóbal no pasara a ser sino un punto de recalada, para pasar al Norte. Es ocioso referir la importancia que en las comunicaciones de aquellos tiempos signi-

ficaba poseer una embarcación. Era en esos años, el medio más fácil y rápido de enlace entre las poblaciones, como continuó siéndolo en tiempos posteriores. En el Norte, no había—salvo el Cayo o San Juan de los Remedios—población de importancia; fué después de los viajes a México, que el puerto de Carenas cobró la influencia que en el curso de los años habría de ser definitiva. En la costa sur, las ma-

rismas de Batabanó, limitando la extensión de los terrenos útiles mercedados, quizás las inundaciones continuadas, y otras dificultades semejantes, eran obstáculos al desarrollo de una colonia considerable, como han continuado siéndolo a través del tiempo. La costa de Batabanó no era grata a un asentamiento de población, y por circunstancias naturales, los vecinos prefirieron el Norte. Todavía, en años posteriores, más amplia la industria de construcción de buques, convencidos los primeros colonos que resultaba más barato construir una carabela en el puerto de Carenas—donde había albergue, betún y fondeadero más cómodo que en la Chorrera—y llevarla por el Cabo de San Antonio al mediodía, que en el río, por las mismas circunstancias se traslada-

ría al lado de la bahía, lugar el más lógico y el más albergado, para el trazado de una población.

EL PRIMER ALCALDE

Era por entonces teniente de Gobernador de La Habana, Pedro de Barba, que en la costa norte poseía una casa. En su condición de Juez perpétuo, el que del lado de Carenas estuviese la mayor parte del tiempo, como parece indudable, da una medida de la importancia que había perdido el primitivo asiento, convertido en embarcadero, y de la que había adquirido el carácter del Golfo.

Pedro de Barba, hombre de confianza de Diego Velázquez, de carácter quizás más resuelto de lo que convenía al Adelantado, que le había visto actuar durante la caminata a través de la isla, debía ser más reflexivo que violento, y presto a salir al encuentro de la ocasión para cobrar autoridad y ganarse la posición y los gajes, que de otra manera, la codicia impenetrable del gobernador, el carácter de grandeza que se otorgaba a sí mismo y sus apetitos de autoridad—negando a los otros todo acaso lograr mando—cerraban a los hombres de la conquista.

HOSPEDA A CORTÉS

Cuando Hernán Cortés vino a La Habana, hospedóse en casa de Pedro de Barba. Mostróle sus papeles, le refirió la autoridad que traía del Adelantado. Discutirían seguramente las destemplanzas de D. Diego, y dedicarían un recuerdo a los tiempos en que juntos, en Santiago y en otras poblaciones de la isla, corrieran aventuras. Ni por asomo, en aquellas veladas Cortés dejaría ver cuáles habían sido sus actos anteriores, ni cómo en

Trinidad, Francisco Verdugo, el criado de Velázquez, se había negado a aprehenderlo, secundándole yendo en su rebeldía. En la villa meridional, habían sentado plaza bajo las banderas de Cortés, Juan de Escalante, Pedro Sánchez Tarsán, Gonzalo Mejía, Alonso Dávila, Pedro González, Gómez, Jorge y Juan de Alvarado, Alonso Hernández de Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, y otros.

Diego de Ordaz, de quien Cortés tenía quizás sospechas, o tal vez una excesiva confianza, como se la demostrase más tarde, no venía con el conquistador, porque éste le había enviado al Cabo de San Antonio, para que allí le aguardase, con un bergantín. Probablemente, Ordaz cubriría la retirada, o bien haría una avanzada de la flotilla conquistadora, para cerrar el paso al dueño de todo aquello, si, como parecía aconsejable, mandaba unos cuantos bergantines para aprehender al fugitivo.

LOS OTROS EXPEDICIONARIOS

Juan de Escalante, en un barco se dirigía desde Trinidad a La

Habana, directamente; y, por tierra el conquistador de la América Central y de Nueva Galicia, Juan de Alvarado, marchaba a la villa de San Cristóbal, con los caballos y reclutando más gente. Cortés, al parecer, había adquirido el convencimiento de que en la Habana hallaría gente dispuesta a ir con él hasta el fin del mundo.

De la villa de San Cristóbal no se movería la esforzada legión, sin haber concentrado todos los elementos que aportaban Alvarado y Escalante, y los que de la unión con otros, se alegrasen.

Después de la plática con Hernán Cortés, Pedro de Barba reunió a los regidores de la villa, y estos, con el pregonero y una banda de sargentos anunciaron entre los vecinos que había llegado un valiente capitán que "iba a Villa Rica a correr jornada".

Levantó el anuncio considerable entusiasmo. Los vecinos ofrecieron sus recursos a la expedición. Navíos, armas, bastimentos, hombres, todo cuanto necesitara el compadre del Adelantado y alguna vez, su rival en amor.

Cortés debía ser hombre de fácil decir, cautivador en su trato, tal vez dado a narrar viejas aventuras, fácilmente inclinado al lance romántico y de dejarse conversar, escaparía con holgura del castigo, como ya harto lo tenía demostrado. Valiente, sin escrúpulos de ningún miramiento, resuelto a conquistar fortuna, pintaría quizás con colores más bellos de los que usara en

su conversación con el Obispo de Burgos, hablando por Velázquez. Fray Benito Martínez capellán y Confesor del Adelantado, que regía la conciencia del mitrado, ganó para sí, con la narración de las riquezas que habían hallado los emisarios de Velázquez en México, báculo en tierra por conquistar. Felices tiempos aquellos en que era tan fácil otorgar obispos a los confesores de quienes venían a solicitar influencia cerca del Rey, en nombre de los conquistadores, que también resultaban beneficiarios en bienes que no eran suyos.

LAS TRETAS CORTESIANAS

Los habaneros de entonces recordarian las tretas que antes había jugado Hernán Cortés a Velázquez y de manera principal, aquella de Baracoa, en que el hoy enganchador de tropas, había estado a pique de perder la vida.

En efecto, un día Francisco de Morales, murmura contra Velázquez; protesta de su afán de quedarse con todo—honor y granjería—sin el esfuerzo de su brazo, sino

gracias a la espada ajena. Morales levanta banderas contra el Adelantado. Velázquez alega que es contra el Virrey, cuya autoridad él representa, con omnímodos poderes. Lo hace arrestar, lo impone la mordaza, lo encierra en un baje, y lo remite a la Fortaleza de Santo Domingo, a la disposición del Señor de la Española, su superior.

Mas esta vez, el acérrimo Diego Velázquez que tiene que apoyarse en la autoridad de alguien que no muy lejos se halla y que se la concede plena, en gracia al influjo que su familia ejerce cerca de Doña María de Toledo, esposa del Almirante de Indias y Tierras del Mar Océano, va a verse defraudado, por que el monarca ha enviado, oyendo al fin las protestas contra el continuado aviso, jueces de apelaciones, de cuya llegada mandan a Cuba noticias los amigos de los murmuradores que acatan mal la autoridad del Adelantado.

UNO DE LOS CONSPIRADORES

Se forma la conjura. Hernán Cortés se encuentra en ella. Acepta ser el personero que ha de llevar a la ciudad primada la narración de los abusos de Velázquez, de sus obras de codicia y perdición, para salvar con su relato al amigo, Francisco de Morales. Aparejan la barca en que habrá de cruzar el Paso de los Vientos, desembarcar en Salvatierra de la Sabana, y desde allí marchar a Santo Domingo. Alguien lleva el soplo. D. Diego se entera de lo que se trama contra él y ordena la prisión de Cortés.

Entre su presencia lo llevan. Lo increpa. Sobre él acumula cargos, el más importante seguramente el de la ingratitud. Ruge, amenaza, pregona que de hallarse en su voluntad, no escaparía con vida de entre sus manos. Los amigos de xico, quizás si entre ellos el mismo amigos que han de ir con él a México, quizás si entre ellos el mismo Francisco Verdugo, tal vez uno de los Bermúdez.

Acepta al fin Velázquez no ejecutar lo que se le ha investido por la ley. El Adelantado sigue a las decisiones, poco ardiente en la cólera. Pero Hernán Cortés tiene que marcharse de Cuba.

LA FUGA POR MAR

Lo hace encerrar en un barco, con fuerte guardia. Hasta allí no llegarían sus amigos a rescatarlo. El futuro conquistador de México no vacila. No está muy inmediata la costa; nada impide, pese a ello, que sea factible ganarla. El no sabe nadar. Se agarra de un madero que él está seguro que habrá de

flotar, y antes de que sus guardiá- nes caigan en la cuenta de que él se ha fugado, se arroja por el por- talón al mar, con el tronco. Mien- tras este flote, flotará él y de algu- na manera podrá llegar a tierra y li- brarse de los que le persiguen.

La resaca lo arrastra mar afue- ra, lo aleja a una legua de la costa. Ya sus fuerzas le fallan, en la lu- cha de las olas que fluyen y reflue- yen. Desmaya, amortecidos los bra- cos. Fiensa que tal vez sería me- jor dejarse arrastrar por el mar, morir. Comprende entonces que su momento no ha llegado, que la vi- da le brinda todavía una ruta triun- fante de aventuras. Tornar a la pugna, combatir de nuevo, siempre combatir, es su lema. Cortés gana la costa. Busca asilo en un templo. De allí no habrán de sacarlo los corchetes; la Iglesia posee fueros. Aunque la historia y las viejas cró- nicas no lo dicen, tal vez algún ba- chiller era adversario de Velázquez a la sazón.

AMORIOS EN BARACOA

Viglan el templo los alguaciles. D. Hernán vive allí a su sabor. Entre las feligresas que van a mi- sa, figura Doña Catalina Juárez, hermana de D. Juan Juárez, uno de los más atildados vecinos. Se empeña entre ellos el torneo amo- roso. Cortés ronda la casa de la ado- rada, dejando momentáneamente el asilo del templo.

Un día, lo sorprende el alguacil Juan Escudero, le quita la espada en un descuido y lo prende en nom- bre de la justicia comunal. Lo en- trega a los alcaldes y estos le con- denan por la fuga y por la anterior conjura. Vuelven las peticiones a Diego Velázquez.

Esta vez, no hay componenda. Es preciso que sea la última vez. Andrés de Duero, oficial del Rey, logra por fin que no se cumpla la sentencia. Estar por Cortés, es ser enemigo de Don Diego Velázquez de Cuéllar. Lo han separado del servicio, de la sociedad, de todo. Es unapestado. Sus amigos le abandonan. Catalina Juárez con- tinúa con él los amores. Ella es la única que no le ha dejado en la cutada posición en que se halla. Cuéntase que al fin se casaron y tuvieron un hijo. Por medio de es- te, se buscó la reconciliación con Velázquez, que perdona las trave- suras de Cortés y le bautiza el pe- queñín, poniendo a su nombre una hacienda que pertenecía al Ade- lantado. Cortés pasa a ser Alcalde de Santiago.

ACEPTARON TODOS

Esta relación de los actos de Cor- tés, que le daban cierto prestigio en la compañía, y quizás el con- vencimiento de que sucediera lo que sucediera, Velázquez lo perdo- naria como siempre, habría de ser la comidilla de los que se reunían en la casa del Teniente Goberna-

der. Y no faltaría tampoco del programa, el charlar sobre las causas de las versatilidades del au- tócrata de Cuba, triste desde que la mujer que con él se casara mu- riera a los siete días de la ceremo- nia de enlace, famosa como las bodas de Camacho y de la que por- luengos años quedara recuerdo en Cuba. La influencia que suponía el matrimonio con la hija de Cris- tóbal de Cuéllar, adúlador del rey sin parangón, que se jactaba de ser capaz de irse en tres rumbos al Infierno si su señor lo mandaba, y que a Baracoa llegaba como te- sorero real, había muerto con Do- ña María, que pasó del tálamo nupcial a la sepultura, habría de ser la historia más gastada Aquella enorme desgracia pesaba hartó en la moral de Don Diego, probablemente tanto como el go- zar de la privanza del Obispo de Burgos, dispuesto a casar a Do- ña Mayor de Fonseca, que corría por sobrina suya y en boca de mu- chos, en una doble y extraña tran- sacción, con el protegido.

Pronto Cortés se ganó para sus banderas a hombres de tanto em- puje como Francisco de Montejo, Diego de Soto, Angulo Garciraro, Sebastián Rodríguez Pacheco. Ma- nuel de Rojas, los hermanos Mar- tínez, Juan Cedeño, Juan de Ná- jera, y otros que, como ellos, apor- taban su gente, sus vituallas y sus bajeles.

LLEGA UN EMISARIO

Mientras los conquistadores ha- cían aprestos para la expedición, acondicionando los barcos, los ca- ballos, los arcos, y quizás si pre- parando carnes saladas y explosi- vos, las mujeres guarnecían de al- godón las rodela para hacerlas más resistentes a las flechas. No era el vecindario de La Habana importante. Pueblo de poca monta hasta entonces, no habitaban en él ni brillantes caballeros, ni funcio- narios de alto copete, ni damas de gran fuste. Todos eran de humil- des orígenes. Muy pocos merecían el don. Algunos, por darse mayor prosapia, adoptaban los apellidos maternos o de sus padrinos, bus- cando lustre o dejar sentada mejor disposición para grandes empre- sas en los blasones.

Un buen día, llegó a La Habana, corriendo a todo correr, un criado de Velázquez, trayendo un mensa- je para el Teniente Gobernador. Ordenábase en él que procediese al arresto de quien había sido su se- cretario y no sabía conducirse con honradez y gratitud. Expresá- bales además que no esperaba de su persona un comportamiento como el de Francisco Verdugo, que con un pretexto o con otro, había de- jado marchar a Cortés, sin hacie- lo preso, marchándose además con él. Reiteraba su mandamiento de que quitase la armada al atrevido, en su calidad de Teniente Gobe- rnador y Alcalde de La Habana, y que le remitiera detenido sin más demora al enorme bellaco que le resultaba el marido de Catalina Suárez.

EL CASCABEL DEL GATO

Había que pregonar el arresto, del mismo modo que se había pre- gonado la expedición. Más ¿quién ponía cascabel al gato?

Cortés fuese a ver a Pedro de Barba. Se enfrentó con él. Le hi- zo ofrecimientos. El Alcalde no po- día tomar una actitud definitiva, porque carecía de fuerzas para ello. La ciudad entera estaba con el conquistador. Los preparativos se habían adelantado demasiado y ya no era posible volverse atrás. En honor del buen comportamien- to de Pedro Barba, éste no quiso aceptar nada de Cortés. Meramen- te escribió a Velázquez, declarán- dolo que en la villa existía un es- tado tal de ánimos que nadie se atrevería a la detención del audaz, sin hacer correr la sangre inútil- mente. Tal era la fuerza que el movimiento había cobrado, tales los ofrecimientos de Cortés, la fa- ma de las riquezas de México cor- ría en tantas bocas y la codicia montada a inconcebibles alturas, que parar aquello era más difícil que ir a la conquista de una nue- va tierra.

Los pobladores de Cuba vivían una existencia misérrima. La ma- yor parte de los que venían de Tri- nidad, procedían de Sancti Spiritus y las regiones contiguas, donde se dedicaban a la ganadería. Otros había con el delirio de ganar no- bleza. El campo estaba cerrado en Cuba a tan altos pensamientos. Empuje y decisión no les faltaban, aunque el capitán, el adalid que los conduciría al triunfo, no apa- recía por ningún sitio. Hombres menores de treinta y cinco años casi todos ellos, el que más y el que menos pensaba en volar for- tuna y ganar un título.

DESPOBLACION DEL PAIS

Allí estaba el hombre, el impulso inicial, y aunque Cuba se despo- blara ellos se marcharían. Carga- ron con los esclavos, con los indios, con los caballos, con lo que pudie- ron. Antes, Trinidad se había des- poblado al marcharse sus vecinos a Sancti Spiritus. Ahora, San Cristóbal cedía el terreno a Puer- to Carenas. ¿Qué iba a importar que Cuba entera se despoblase?

El 10 de febrero de 1519, la es- cuadrilla izó vela en Batabanó, reuniéndose con Diego de Ordaz más abajo.

Diego de Velázquez debió enten- der las razones de Pedro de Bar- ba. El conocía a su gente. Mandó a Pánfilo de Narváez a México. Quizás él no se supiera lo bastan- te fuerte y resuelto para aprehen- der por sus propias manos a Cor- tés. O lo más probable sería que apetecía los bienes de la conquista sin tener que moverse de Santia- go. O quizás temería perder el adelantamiento de Cuba, en ma- nos de otros hombres del mismo temple del sublevado de Nueva Es- paña. ¿Qué razón existía para que Diego Velázquez en persona no marchara, sabiendo las riquezas

que en México había, a la ocupación del país? No sería seguramente el oidor Vázquez de Ayllón el que le contuviera con sus amenazas.

Después de hechas las cosas, Velázquez no se convenció de que Pánfilo de Narváez solo no era bastante para combatir con Cortés. Le había visto guerrear, con su famosa yegua contra los indios, y lo suponía con empuje suficiente, para hallarse ya victorioso a los primeros envites. Portador de un memorial a Pánfilo de Narváez, con los misérrimos medios de que venía disponiendo, envió a Pedro de Barba en un bergantín con trece soldados, dos caballos, provisiones y quizás material de guerra. Agregaba que debía persistir en la aventura; ofrecíale más socorro y le prevenía que si aún no había logrado matar a Cortés, o si su justicia no lo había hecho, se lo mandara, con objeto de enviarle a España, para que el Consejo del Rey se las entendiera con él.

Confiaba en la influencia que gracias a las aspiraciones de doña Mayor, tenía en los señores del Consejo, merced a Fonseca.

EL GIRO DE LOS HECHOS

Mas los acontecimientos se habían verificado de otra muy distinta manera y al contrario de vencer Narváez, el hombre activo, cruel, rígido, a Cortés el secretario pulido, galanteador profesional, adicto al chascarrillo como un personaje de Quevedo, Cortés había derrotado a Narváez y su gente—por las mismas razones que los otros habían despoblado a Sancti Spiritus, Trinidad y San Cristóbal—se reunió al insurrecto cuando le ofrecieron oro, por mano del cura Olmedo.

De esto no se hallaba enterado Pedro Barba cuando llegó a San Juan de Ulúa. Pedro Caballero, alférez del presidio cortesiano en la costa del Golfo, subió a verle en el barco. No le refirió lo acontecido, sino que hizo creer que Narváez había derrotado a Cortés, y que el ex hacendado de Baracoa se hallaba fugitivo por los bosques y que Pánfilo era dueño de los tesoros de los indios.

Pedro de Barba cayó fácilmente en la trampa; desembarcó en Veracruz, y allí lo prendieron, enviándolo detenido a Cortés, que se encontraba a la sazón en Segura de la Frontera.

Cuando se vieron otra vez, disimulando lo sucedido, el conquistador saludó a Barba, haciendo caso omiso de su condición de arrestado, como si el otro hubiese ido a llevarle refuerzos.

Aquel era el momento más oportuno. Cortés se hallaba herido en la cabeza y en la mano izquierda, de la cual perdió dos dedos a poco.

Muchos de los hombres de mayor empuje de su fuerza, habían caído en la evacuación de Tenochtitlán: Velázquez de León, pariente del Gobernador, Salcedo y Morla,

el astrólogo Botello, que pronosticando el favor de las estrellas para la desastrosa salida, fué en parte culpable de los que acaeciera; y casi toda la gente que trajera Pánfilo de Narváez. Hasta entonces, ya las legiones conquistadoras habían sufrido la rota de la Noche Triste y se había peleado la que se llamó batalla de Otumba. Así fué no el azar lo que había llevado a Cortés a Segura de la Frontera, desde donde, el 30 de octubre 1520, más de un año después de alejarse de Batabanó, dirigiera un memorial a Carlos V. Fué por aquellos días que llegara Pedro de Barba, al cual siguieron luego otras expediciones enviadas por Velázquez, como la de Rodrigo de Morejón de Lobera, que trajo ocho soldados,

una yegua, armas y municiones, y otra carta para Narváez. Morejón de Lobera padeció en Ulúa la misma jugarreta de Pedro Caballero. También arribó la tropa de Miguel Auza, Ramírez, y Diego Camargo, que Cortés agregó a sus exiguas y cansadas huestes como refuerzos.

Por entonces, se padecían muchas calamidades además de la de la guerra en el campamento español. La viruela, importada de Cuba por un soldado de Narváez, se ensañaba en los soldados y en los reales enemigos, que perecían a millares. El mismo sucesor de Moteczuma, Cuiclahuac, murió de la plaga. El padre Olmedo, los sacerdotes que iban agregados a la expedición, no se daban reposo en atender a los atacados. El campamento era un hospital.

ENTRA EN ACCION

Pedro de Barba tomó el mando de una compañía de ballesteros, quizás incorporada a la división de Sandoval, o a la unidad de Francisco Verdugo, el gobernador de Trinidad, que también se hallaba con Cortés. Con este contingente, el Teniente Gobernador de la Habana, asistió al alarde que la víspera de la Navidad de 1520, ofreciera el conquistador, para conocer el número de su gente. Había 550 hombres con cuarenta caballos y nueve cañones.

La guerra, con Guatimozín al frente, cambió completamente de aspecto. Lucha en regla, con posibilidades de alcanzar mayores laureos, ofrecía más campo a las bélicas actividades que en Cuba, donde concedía heroicidad el episodio de Narváez con su yegua.

El 15 de abril de 1521, Pedro Barba y sus ballesteros combatieron fieramente en Xochimilco.

La batalla fué rudísima. Cortés perdió el caballo. Los indios, hiriéndolo en la cabeza se empafaron en ofrendar su cuerpo a los dioses, llevándolo a los altares, y se produjo el combate, en que los españoles lograron rescatar a su capitán. Hubo que batirse en reti-

rada a través de la montaña, hasta que llegaron a Xochimilco el 21 de abril. Fué menester quemar la población y continuar evacuando. El 22, entraban en Tlaxcala, la ciudad aliada, que ya iba perdiendo el afecto hacia los españoles.

Fiero, terrible, hubo de ser el repliegue a través de los valles, de la tierra escarpada, que se hundía a trechos en los pantanos de la cuenca del Atoyac, alumbrados los conquistadores por la antorcha sangrienta del pico de Malintzin, que, como una ofrenda se alzaba más allá de Tlaxcala. Aquel era el camino de Veracruz. Evadiendo posiblemente las protestas de la tropa española, procedente de Cuba, acostumbrada a la existencia muelle de la tierra y que veía morir a los esclavos negros, las bestias, los indios de las islas, y perderse los armamentos. Cortés propondría refugiarse en Tlaxcala por el momento y luego, si lo decretaban las estrellas de Botello todavía, marchar a San Juan de Ulúa, límite de la retirada.

LOS QUE MURMURABAN

Juan de Villafañe, no supo contenerse cuando Cortés le reiteró el propósito de volver a la carga. Intentaron pronunciarse con el rebelde, los descontentos. A Villafañe le costó la vida. Pedro de Barba, que en Xochimilco y en la espantosa huida hacia el Malintzin había dado pruebas a Cortés de su adhesión, contribuyó con su resolución a poner muro a los revoltosos. Por fortuna, llegó más artillería de la Isla de Jamaica, y fué dable pensar en otra cosa.

Vino luego la aventura de los bergantines. En uno de ellos, en el asalto de Tenochtitlán, el teniente gobernador de La Habana resultó herido, en un cuerpo a cuerpo, en las calles de la ciudad sagrada de los mexicanos. Tres días después, en julio o agosto de 1521, con gran dolor del amigo y capitán, expiró el primer alcalde de la villa de San Cristóbal.

LAS INTRIGAS DE CORTES

Diego Velázquez no había obtenido en buena lid la gobernación de Cuba y se sabía de sus intrigas y de las miserias de su condición. Decíase incluso que cierta vez, concertado con el Contador Real de la Española, Pasamontes—con el Secretario del Obispo de Burgos. Lope de Conchillos, y con el mismo monseñor, había pretendido obtener que se le cursaran despachos directamente, sin la intervención del Almirante Don Diego, que, por las capitulaciones de Santa Fe, y herencia de su padre y tío, era dueño y señor de estas tierras americanas. Fray Bartolomé de las Casas fué quien, viendo los papeles del secretario aprovechado del futuro Presidente del Consejo de Indias—un organismo traído por las inmundicias de los tiempos, para en su autonomía proceder más a su gusto

quienes lo manejaban—hizo que el negocio fracasara, llamando la atención al mismo D. Diego, que había ido a España llevado por la intriga.

La llegada de Carlos I a España, acompañado de consejeros flamencos, prolijó en el reino aún más las camarazas, que en época del Rey Católico. Dividida la Corte en dos bandos, uno, partidario del Cardenal Cisneros, y otro adicto del Canciller Juan de Sauvage, que ni castellano sabía hablar, los que estaban en América procuraban sacar provecho, llenando de oro los bolsos de quienes en España les daban protección. El Rey, era un niño apenas. Se contaba de él que como la reina Doña Juana, era de flaca mentalidad, y que lo podían mangonear a su antojo, sacándole mercedes de todo género, a cambio de oro, que se necesitaba urgentemente para los negocios militares del Imperio.

LA ACTUACION DEL CABILDO

Contaba Velázquez además de con don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, con el apoyo del mitrado de Badajoz, Pedro Ruiz de la Mota, que fué quien despidió a Cisneros del cargo de regente. Más tarde, cuando la muerte del Cardenal, dió una vuelta a los negocios, quedó M. de Chievres, dueño y privado del monarca, como jefe del Partido Español Flamenguista, en el cual tenían influjo los obispos citados y D. Francisco de los Cobos, que en la Corte dirigía una de las facciones, que dominaban en la voluntad del monarca. A estos se agregaban el secretario D. Lope y el general Antonio de Fonseca, que tuvo que vérselas con el alzamiento de los castellanos, y a quien se culpaba del incendio de Medina del Campo. Todos ellos, poco escrupulosos, prestos más que a toda empresa, a ganar el oro de las Indias, ni el crimen los detenía. La matanza de los indios, no los arredraba, y fué menester que a instancias del Padre Montesinos y de Bartolomé de las Casas se reunieran los concilios, para pronunciar anatema contra quienes aseguraban que los habitantes de América no merecían la fe.

¿Cómo gente de este talante iba a poner reparos cuando se les denunciara que unos 7,000 niños habían muerto asesinados en estas Antillas, por el hierro de los conquistadores?

EL ORO DE AMERICA

Velázquez, conocedor de las flaquezas humanas, mediante Fray Benito Martín, y el padre Garcés, hizo saber a Lope de Conchillos y al Obispo de Burgos, que en

Cuba había reservado para ellos 300 o 400 indios en los lavaderos de Cubanacán, que eran los más ricos que en la Isla existían. Mandaba riquezas a sus protectores, y éstos, en cambio, aceptaban remitirle papeles en que su autoridad se ratificaba cada vez más pasando incluso sobre las de quienes, como Diego Colón, le habían otorgado la gobernación de Cuba. La situación interior de España permitía todo aquello. No hubo jamás en la historia de la península momento más agitado, que aquél en que la escuadra de Cortés se hacía a la vela en dirección a México.

Los bienes que el Adelantado de la Fernandina concedía a los señores del Consejo, ablandaban peñas. El oro de las Indias podía más que toda la justicia y que todo el derecho.

Por otra parte, también se acusaba a Velázquez de haberse alzado con lo que no era suyo. En efecto, cierta vez se le había acercado el Capitán Francisco Hernández, proponiéndole ir a saltar las islas y hacer entradas más al occidente, donde suponía que hallarían riquezas sin igual. Dió meramente su autorización, y Hernández se asoció con Cristóbal de Morante y Lope Ochoa de Calcedo, con los cuales logró armar una flota de dos navíos y un bergantín, en que montaban cien hombres. Se empeñaron en Santiago, donde reclutaron gente del Darién, y salieron al destino que se habían proyectado. Cada uno puso de su peculio y de lo que consiguieron prestado, mil quinientos o dos mil castellanos de oro, para los gastos de la expedición.

BUSCANDO EL QUERSONESO

Como piloto agenciáronse al famoso Alaminos, que había estado en la armada de Colón, cuando el viaje a Veragua. Entendía este marino como el propio Hernández, y quizás si como Colón, que más al occidente de Cuba, había tierra y tierra rica por cierto. Velázquez nada arriesgaba y concedió la autorización, puesto que, por los documentos regios, era él el Adelantado y le correspondía sueldo en la aventura, amén de obtener más ganancias para el Secretario y el Obispo.

Francisco Hernández se lanzó al mar; halló las tierras y se lo comunicó al Gobernador de Cuba, enterándole de que aguardaba su autorización para quedarse a poblar. Antes de llegar la respuesta, tuvo que regresar a Cuba, por la condición de sus bancos, que tuvieron que ir a recalar en Jaruco. Las condiciones de los navíos eran tales, que no hubo de seguir más en ellos. Además, Hernández venía herido: traía 37 flechazos y lanzadas en el cuerpo.

SE QUEDO CON LO AJENO

Aquella expedición, que había salido de Santiago el 15 de Febrero de 1517, no obtuvo sino aumentar el caudal de Velázquez, sin ventaja para Hernández, pues el Gobernador, lejos de darle lo que le tocaba, se quedó con lo traído y envió a su paisano, Juan de Grijalva, hombre de carácter dócil y fácilmente plegadizo a las ambiciones del codicioso señor de Santiago, a entrar en las tierras que los traídos y las desdichas de Hernández abrieran a la conquista.

El maltrecho capitán, perdidos sus castellanos de oro, negados los permisos por Velázquez, que de un plumazo los había anulado buscando poner a sus órdenes a quienes más caninamente le obedecieron, con sus socios, hizo formal protesta de tales sucesos. Naturalmente, Pasamontes no era quien habría de solucionarlos, y se dispuso a ir a España a reclamar ante el Rey. Pero quiso la muerte llevárselo, antes de que nadie pudiera prestar oído a sus querellas.

UN BUEN SOLDADO, MAL NEGOCIANTE

Antes de Grijalva, ya Velázquez había enviado un navío con Alvarado al frente, para que explorase las posibilidades de aquellas tierras, y comprobase los dichos de Francisco Hernández.

Cumplidamente—no es de relatar lo que Grijalva hiciera—el paisano de Velázquez obtuvo lo que fuera buscar, pero no se quedó a poblar, porque era hombre obediente a la letra de las instrucciones que se le dieron. Esto movió la cólera del gobernador al regreso del timorato Grijalva y ya no lo mandó en la expedición a que destinara—para desdicha suya, que toda la vida lo lamentó con la pérdida de gran porción de su hacienda—a Hernán Cortés.

Cuando este salió, ya en La Habana estaban preparados, para ir con él, puesto que muchos de sus expedicionarios quedaron por aquí, en una finca de O. Diego "que llamaban La Estancia". La fama de Yucatán dispersada por aquellos, los caracteres de la riqueza de aquella famosa Villa Rica a la cual estaban dispuestos a mudarse todos los vecinos de Cuba, con el mismo Velázquez a la cabeza, había vuelto el seso a todos, y nada de extraordinario tuvo que Pedro de Barba no pudiera contener la osadía y el atrevimiento de Cortés, que, andando los años, revelaría como se las gastaba, metiendo en un barco en Veracruz a Diego de Ordaz, mayordomo de Velázquez, Francisco de Morla, camarero del adelantado, y a otros, por protestar de

que usurpara, por disposición de aquel cabildo titere, la gobernación del país, pasando por sobre los privilegios del señor de Santiago. También en aquella jornada, Cortés mandó a colgar a Juan de Escudero, el alguacil que en Baracoa le había quitado la espada, cuando salió de la Iglesia.

MATO A LA MUJER

Con aquel hombre, que no reparó en envenenar a su propia esposa, Catalina de Juarez, en Coyoacan, a los pocos meses de llegar de Cuba, y que a Cristóbal de Olid, le cercenara la cabeza del cuerpo, Pedro de Barba no podía luchar. Oponerse entonces, habría sido caer en la suerte que los otros merecieron después, y con el apoyo y aplauso de los restantes hombres de la expedición. Los reclutados en La Habana y Trinidad, entre ellos, vecinos de Sancti Spiritus, fueron, como Pedro de Barba, los hombres en quien mayor confianza ponía Cortés siempre. Prueba de ello fué que Montejo y Alonso de Portocarrero, embarcaron en el único navío que se salvó de ser barrenado en Veracruz, a llevar el oro de México para Carlos I y Martín de Cortés, padre del conquistador. Habían salido en julio de 1519 y llegado en octubre del mismo año. Pero ni la premura les salvó: ya Fray Benito Martín estaba en la Corte, y, con el auxilio de L. Lope y D. Juan Rodríguez de Fonseca, hizo triunfar sobre la del sublevado, la causa de Diego Velázquez, primer gobernador de Cuba, y, sin duda, un bello ejemplo de persona codiciosa y mandatario de mano izquierda.

PARTICIPACION ILICITA

Velázquez complacía fácilmente las peticiones de los señores del Consejo de Indias, y atendía a los amigos de los que en España le apoyaban. Sus procuradores en la Corte, Pánfilo de Narváez y Gonzalo de Guzmán, que le relevarían en la gobernación de Santiago, obraban en favor de sus designios, repartiéndole dádivas, esto es, indios y tantos y más cuantos pesos y tomines de oro. Cuando querían eliminar a un intrigante, hacer de fortuna a un paniaguado de los personajes de la situación, a Cuba lo enviaban, porque ya estaban exhaustas las granjerías en La Española. Así fué como a la Isla vino Cristóbal de Cuéllar, padre de María de Cuéllar, la esposa de siete días de Velázquez, a quien por cédula de 13 de mayo de 1513, en recompensa de que había gastado dinero en "descubrir y pacificar" la isla, expidieron título de Tesorero del Rey, con plenos poderes de éste

para recaudar plata, oro, cobre, metales, piedras preciosas, rentas, tributos, diezmos y pechos, "para mi cama y fizco", y 80,000 maravedises de salario sobre de 20,000 más para el pago de los funcionarios que él designara. Los almojarifazgos pasaban por sus manos y le dejaban pingües ganancias. Este D. Cristóbal, tenía por contador al famoso Amador de Lares, que como él percibía anualmente 80,000 maravedises, y como fautor, o sea, colector general de bienes e intendente del comercio de las islas, a Fortuno de Isúnsolo, con 60,000 maravedises. Estos fueron designados en junio de aquel mismo año, y entre los tres, y Hernando de la Vega, fundidor y marcador de oro, que había sido nombrado el 13 de septiembre de 1512, se beneficiaban de los indios a quienes esclavizaban, del comercio, de las rentas, de cuanto en sus manos cayese. El fundidor marcaba metales y autorizaba que se utilizaran en obras de joyería, pero él realmente no ejercía el oficio, sino que lo ponía en manos de otros, con tal de que le quedase limpia de "escobilla y relieves", o sobrantes de oro, que se concedían en beneficio, su renta de un marco de oro, por cada castellano fundido.

LOS ETERNOS RECOMENDADOS

Todos estos personajes venían por recomendación de alguien en la Corte; nobles arruinados, comendadores sedientos de granjería y que pagaban oficios como don Hernando de la Vega; Bernardino de Santa Clara y Francisco de Herrera, los cuales, en cédulas del omnipotente Secretario y de los obispos de Burgos y Badajoz, venían recomendados oficialmente a Velázquez para ser investidos de propiedad. Los documentos traían como marbete "por mandato de Su Alteza".

En aquellos tiempos, ventajosa debía ser la posición oficial en Cuba, cuando el propio Cristóbal de Cuéllar, aunque prolongando en un año más por real pragmática el beneficio de sus indios, en La Española, aceptó dejar a Gil González la posición que ocupaba, bajo don Diego Colón.

INMORALIDAD SOBRE INMORALIDAD

No eran sólo los recomendados de los oficiales reales los que percibían los beneficios de la explotación de los indios. Por Cédula del 12 de Mayo de 1513 —el año en que Cuba era El Dorado— mandaba el soberano que al Comendador Lope de Conchillos, Secretario del Consejo, de la Escribanía Mayor de Indias (dueño de esto de las voluntades de los que habían de dar fe de los actos de los conquista-

dores), ejerciera esas funciones en comisión de otros, para lo cual daría, poderes extensísimos a quienes él, como propietario de los mencionados bienes y granjerías, quisiera. Beneficiado en la función mayor anteriormente, le concedían ahora 200 indios y mercedes de tierra, como a un poblador. Para la ejecución de esto, venía precisamente Bernardino de Santa Clara, quien, aparte de lo suyo, administraría lo ajeno. En la cédula se indica, aunque ello era ocioso, a Velázquez, tratar con largueza al tal Secretario.

Gracias a esto y a su deudo Antonio Velázquez, que se hallaba por entonces en la función de Procurador de la Isla de la Fernandina con Pánfilo de Narváez, la voluntad del Consejo hallábase inclinada del lado del regio capitán. Fué en vano que antes de morir, en 1517, el Tesorero Cristóbal de Cuéllar, dejase caer levemente, que tal era en esos tiempos la costumbre, el indicio de que en muchas cosas del gobierno Velázquez no se comunicaba ni con él ni con el Almirante, por lo cual demandaba que no se le impusieran a él las responsabilidades que en aquellas cuestiones se produjeran. La queja se resolvió por medio de Andrés de Duero y Miguel de Pasamonte, adictos del Adelantado.

LA INDIADA, LA VICTIMA

Dan idea de cómo se manejaban en aquellos tiempos los negocios, las frecuentes comunicaciones del Gobernador de Cuba al Rey diciéndole que era menester impedir que la Isla se desplomase, por autorizar se que algien viniese a buscar indios, sin que esto fuera razón para que no se trajesen de afuera es decir, de las Lucayas, menester en que Velázquez, so título de escuadra de descubierta, tenía catorce barcos. Los que siendo casados y tuvieren la mujer en España, eran obligados a traerla, pena de perder los indios. También el que se ausentare, los perdía; y quien muriera no tuviese herederos en la Isla, no podía dejar, por arte de escribirlo, a sus causahabientes, la hacienda que aquí tenía.

Además de esto, se autorizaba el requerir a los indios a la sumisión; los que no se sometían inmediatamente, eran declarados esclavos, al igual que los fugitivos, que se hubieran marchado a la Española. Las inmoralidades a que el procedimiento dieran origen, son indudables.

LA MENDACIDAD EN ACCION

Ni en mentir se ponían reparos. Cuando Cortés partiera, ya rebelde, Velázquez se dió traza de enviar pronto un propio a España, para que antes de que el rebelde lograra hacer nada, se supiera allá su comportamiento. Para esto, fué

7

comisionado su capellán, Fray Benito Martínez, que, narrando como Cortés hacía murmuración de todos los actos de su señor, pedía que fuera castigado, para evitar que entre los demás cundiera la sedición y que los indios imitaran al sublevado.

Aludía también el capellán a una anterior tentativa de pronunciamiento de Cortés, que, en realidad, había sido motivada no por lo que decía el emisario, sino por los hechos que se atribuyeron a Francisco de Morales, teniente de gobernador de Velázquez en la provincia de Maniabón, el cual, acusado por los regidores y procuradores regios de cometer tropelías contra los indios (la verdad parece que fué otra), había de ser castigado ejemplarmente conforme a la real cédula del 10 de diciembre de 1512. Atribuyen algunos historiadores a cuestión de faldas, las diferencias existentes por aquellos tiempos entre el señor Cuéllar y el taimado mozo de Medellín.

ALZAMIENTO ANTERIOR

Según Fray Benito, cuando la isla había comenzado a poblarse, Cortés, con algunos hombre y una carabela, intentó alzarse con la gobernación de Cuba, lo cual temían también ahora, dudoso Velázquez acaso de si el pronunciado marcharía a expediciones de descubierta o se quedaría en el otro extremo del país. Entonces lo prendieron bajo la acusación de rebelarse no tan sólo contra el gobernador, sino también contra el rey.

Añadía, que Velázquez había mandado otros cuatro barcos con 400 hombres "para socorrer a Cortés", temiendo que al hallarse junto en la tierra hacia donde se encaminaban, se produjeran las rencillas entre ellos, resultando males a vista de la indiada.

Terminaba el memorial, haciendo elogio de Velázquez, no olvidándose pedir que se le concedieran poderes para el arriendo de los almojarifazgos, o derechos de importación.

Finaron todas esas controversias y pleitos, con el envío del juez de residencia, Altamirano, el cual condenó a Velázquez —muerto ya éste— al pago de 10,000 maravedises al real fisco, en lo cual hubo de un dilatado pleito. Nadie al fin pagó y por 1527, todavía andaban a pleitos.

Al País
Canero 29/33